

CAPÍTULO QUINTO

EL CONVENTO DE SANTA ROSA

Detrás del hermoso paseo llamado Salón de San Francisco, se eleva el convento de Santa Rosa. Aunque sus paredes son altas y su fachada vetusta y antigua, nada tiene su aspecto de melancólico ó sombrío.

¡Salud, albergue santo, donde pasé alegre las mejores horas de mi infancia! ¡Mansión tranquila y apacible, salud! Aun en este instante salta mi corazón de placer, al transportarme en alas de mi imaginación dentro de tus muros. Cuando paso por delante de ti y veo tus viejas puertas, tus ojivas ventanas y tus torres desiguales, huye mi tristeza y siento dilatarse mi corazón.

Si alguna vez pasáis por mi hermosa ciudad, visitad el convento de Santa Rosa: no temáis entristeceros: los rumores del mundo no se estreñan en sus paredes: penetran dentro fácilmente, quedándose sólo á la puerta cuanta perfidia ó malignidad pudieran tener. Las virtuosas señoras y las candidas jóvenes que lo habitan, creen á todas las madres buenas y piadosas, á todas las hijas amantes y sumisas, á todos los hermanos tiernos y cariñosos; los dolores, las faltas de la

tierra, no penetran allí, así como no penetra nunca la tristeza.

Cuando el sol de Aragón, ese sol tan radiante y hermoso, sonrío en el azulado cielo, el interior del convento está alegre y placentero, porque sus rayos lo bañan y penetran á través de las anchurosas vidrieras; pero el día que la antorcha celeste está oculta por blancas cortinas de nubes, aparece iluminado por una luz blanca y apacible como el fulgor de la luna.

¡Oh! si en uno de estos días pudierais entrar conmigo en su extenso y perfumado jardín, ¡cómo se dilataría vuestro espíritu al mirar los viejos olmos y los seculares álamos que forman sus calles! ¡Qué contento transmitiría á vuestro corazón el canto de los pájaros, y con qué placer miraríais correr á las jóvenes pensionistas en las horas de recreo!

Quizá también en uno de esos hermosos y nublados días de apacible luz, veríais á la hora en que el lucero de la tarde aparece en el firmamento, deslizarse por una solitaria calle á una joven novicia, cuya nivea toca encubre á medias una frente de diez y ocho primaveras; la veríais sentarse pensativa en la orilla del arroyo que cruza el jardín, y elevar al cielo sus grandes ojos, de un azul no menos puro que la celeste techumbre donde se fijan; tal vez entonces me preguntaríais: «¿en qué piensa esa doncella?», y yo os contestaría tristemente: «¡sólo Dios lo sabe!»

Algo más lejos, veríais á una anciana religiosa lavando en el mismo arroyo su pañuelo de batista, mientras otra corta las flores que ha de ofrecer á los pies de la imagen de María; y entre tanto sonreiríais al escuchar la jota que canta el hortelano mientras entrecava las verduras. Mas si entráis en Santa Rosa en un día de estío, admiraréis la frescura de los claustros, veréis abiertas todas las puertas de las celdas, cuyas ventanas están cubiertas con blanquísimas cortinas; en en estas mismas ventanas, macetas de flores, y pájaros que cantan prisioneros en jaulas de mimbres; en cada uno de los lindos cuartitos, limpios y risueños, el blanco lecho de su habitadora, la mesita que sostiene un hermoso niño Jesús, la pililla de agua bendita y el Belén, adornado de flores de talco y encerrado en una urna de cristales; encontraréis, en una palabra, verdor, flores y vegetación poderosa y lozana, en el jardín; en el convento, paz, tranquilidad, alegría y un inexplicable perfume de pureza y santidad.

¡Ah! Si pasáis por mi ciudad querida, no dejéis de visitar el hermoso convento de Santa Rosa. . .

.....

Daban las diez en el reloj del convento, cuando un elegante carruaje, tirado por cuatro magníficos caballos tordos, dando la vuelta á la ancha calle, paró delante de la puerta de Santa Rosa; uno de los lacayos, vestido con librea gris perla, guarne-

cida de galón de oro, y calzando ajustado guante blanco, fué á abrir la portezuela, llevando en la mano el sombrero, galoneado también. Alberto, vestido de riguroso luto, se inclinó hacia fuera, y puso en los brazos del criado á Margarita, igualmente enlutada; bajó en seguida, y tomándola de la mano, entró con ella en el convento.

Sin duda que se esperaba aquella visita en Santa Rosa, porque la gran puerta del patio interior, donde se halla el torno, estaba abierta de par en par, y dos religiosas, cubiertos los rostros con sus negros velos de crespón, esperaban en el umbral. Inclinóse Alberto delante de ellas; la puerta se cerró, y las dos señoras siguieron al Barón y á la huérfana.

—La señora priora espera á usted, caballero —dijo una de ellas.—Vamos á conducirle á la sala capitular.

Después de atravesar largos corredores, cuyos balcones abiertos mostraban verdes cortinas de frondosas parras bañadas por el sol, llegaron á un espacioso salón, donde esperaba la priora.

Lo primero que se presentó á los ojos de Alberto fué un magnífico crucifijo, medio velado entre anchas cortinas de damasco carmesí, que estaba colocado enfrente de la puerta; al otro lado, una imagen de Nuestra Señora de los Dolores elevaba al cielo sus negros ojos nublados de tristeza, y cruzaba sus manos sobre el pecho, traspasado de una profunda herida.

Grandes y antiguos cuadros al óleo, que representaban vidas ó martirios de santos, y una silla de alto respaldo y asiento carmesí, entre la que sobresalía el sitio de la superiora, componían los muebles de aquel salón.

Al ver al Barón y á Margarita, se levantó la priora y se adelantó algunos pasos para recibirlos.

Era esta señora de edad bastante avanzada: leíanse á lo menos sesenta inviernos en lo que se descubría de su frente, y sus ojos negros y hundidos centelleaban todavía bajo sus cejas blancas y pobladas; sus delgados labios eran aún húmedos y encarnados; uníase su recta y delicada nariz á la frente por una línea casi sin inflexión, y sus mejillas pálidas eran blancas y tersas, aunque ajadas quizás por largas y secretas melancolías. Era alta de estatura y muy delgada: así su talle era largo y flexible como el de una doncella, y sus blancas y afiladas manos ostentaban la tersura y transparencia del marfil.

Tal era sor Luisa de la Asunción. El hábito blanco de dominica realzaba su majestuoso continente, y la toca de batista daba á sus severas y hermosas facciones los reflejos del alabastro, que apagaba algún tanto el negro crespón de su largo velo.

—Dios guarde á usted, caballero—dijo á Alberto, sin cubrir su rostro y con una sonrisa dulce y suave como la de una joven.—Díos te bendiga, hija mía—añadió tomando de la mano á

Margarita y besándola en la frente; sentándose en seguida en su sitio, señaló una silla al Barón, y puso á la huerfanita sobre sus rodillas, contemplándola con amor.

Encantadora estaba la niña: llevaba un vestido de terciopelo negro, cuyas mangas anchas dejaban ver otras de crespón que no bastaban á ocultar la hermosura y morbidez de sus brazos; el cuerpo del vestido, muy escotado, descubría su redonda garganta, hombros y seno, mal encubiertos también por una camiseta igual á las mangas; su espléndida y dorada cabellera, dividida en medio de la frente, bajaba en gruesos y sedosos bucles hasta tocar su espalda, y acariciaba su cintura, sin oprimirla, una ancha cinta de raso, con largos y flotantes cabos; sus diminutos pies estaban calzados con botitas de terciopelo como el vestido, á cuyo extremo tocaban apenas las blondas de un ancho pantalón, recogido graciosamente con un lazo de cinta igual al cinturón.

El contraste que formaban la tez de alabastro bruñido de Margarita, sus dorados cabellos, y sus grandes y azulados ojos, con el negro vigoroso del terciopelo, y con sus cejas y pestañas de un castaño muy obscuro, era admirable; poseía además aquella niña un encanto tan poderoso; había en su angélico rostro tanta gracia y melancolía, y en toda su figura, alta y esbelta para su edad, una expresión de bondad tan adorable, que la priora no podía separar de ella sus ojos.

—Veo con alegría, señora, que mi Margarita interesa á usted—dijo Alberto,—y esta grata convicción va á atenuar en gran parte la amargura de mi despedida.

—Dice usted bien, señor Barón—contestó sor Luisa.—Sé por usted que esta niña es huérfana y que no tiene en el mundo más amparo que el de su caridad, y me interesa tanto, que aseguro á usted que seré para ella la más solícita y cariñosa madre.

—¡Ah! ¡gracias, señora, gracias!—dijo Alberto con la expresión de la gratitud más viva.—De ese modo, ella y yo podremos decir que debe á usted más que la vida, porque le será deudora del alimento del alma. Ahora—prosiguió levantándose,—es ya inútil dilatar la amargura de la separación. Guárdeme usted esta niña, señora: ella es mi sola dicha sobre la tierra.

Tomando después á la huerfanita en sus brazos, la besó muchas veces, y poniéndola en los de la priora, salió apresurado, mientras la niña le llamaba tendiéndole los suyos.

Mas, al fin, viendo que no le contestaba ni volvía, escondió su semblante, cubierto de llanto, en el seno de la priora, que con las lágrimas en los ojos acariciaba su rubia y perfumada cabeza.

CAPÍTULO SEXTO

EL CASAMIENTO

Doce años después de este día, el Barón de Medina, más enfermo que nunca, leía esta carta:

«Venga usted en cuanto le sea posible, señor Barón. Usted me ha dicho que Margarita es su más rico tesoro, y se la quieren robar.

LUISA DE LA ASUNCIÓN,

Priora de Santa Rosa.»

Las cejas de Alberto se contrajeron con un movimiento doloroso, y estrujó aquella carta en sus crispadas manos.

—¡Robármela!—murmuró.—¡Oh, no! ¡Antes me robarán la vida!—Y tirando del cordón de la campanilla se presentó un criado, á quien dió orden de preparar el coche.

En el corazón de aquel hombre había entonces una angustia cruel: amaba á Margarita, y su pasión por aquella niña era la única afecção que le ligaba á la tierra. Enfermo hacía doce años, había visto agotarse día por día su hermosa juventud, sin que todos los recursos de la ciencia bastasen á devolverle la savia de la vida.

Desde el día de aquel terrible duelo, fallecía en una agonía lenta y dolorosa. Doce años habían pasado, y cada uno de los días de tan largo espacio había ido robando lentamente la luz á sus ojos, el carmín á sus labios y el vigor á su cuerpo, que se inclinaba hacia la tierra, quebrantado por tan largo padecer.

¡Cosa extraña y terrible! Al paso que la vida le abandonaba poco á poco, se encendía en aquel corazón, helado siempre, el fuego de la pasión más ardiente. El cariño que la hija de Valentina le inspirara, había cambiado enteramente de carácter, porque Margarita no era como las demás mujeres; jamás la fantasía de un mortal ha creado un ángel como aquél.

Alberto, que la veía todos los días, siguió primero con ojos de padre su desarrollo físico é intelectual; mas la involuntaria adoración que le inspiraban los encantos de aquella alma santa, se convirtió en una pasión tanto más fuerte, cuanto que contaba treinta y cuatro años, y no había amado todavía.

En cuanto á ella, ¿cómo no había de amar al hombre que había velado por su vida como un ángel salvador? ¿cómo no amarle, cuando hallaba en él el cariño de padre, de hermano y de amigo? ¿cómo no amarle, en fin, cuando veía arder en sus ojos, marchitos por el sufrimiento, el fuego de la pasión? Le amaba por sus mismos dolores, por su nobleza y caridad; le amaba también, quizás,

porque la pobre huérfana sentía nacer en su corazón esa vaga necesidad de querer, que aqueja á todas las jóvenes aun en medio de las santas afecciones de la familia.

Pero ella creía, y tal vez era cierto, que le amaba como á su padre y bienhechor, porque á los diez y seis años no hay fuerzas en el corazón para alimentar una pasión profunda; ni aun cuando ésta exista, puede adivinarse su existencia.

Grande y poderosa era, sin embargo, la inclinación que Margarita sentía hacia el Barón de Medina. Al verle en el salón del convento, saltó su corazón de gozo, y echó los brazos, según su cándida costumbre, al cuello de su tutor.

—¿Por qué no viniste ayer?—dijo sentándose en un taburete á los pies del sillón en que el Barón se había dejado caer desfallecido de fatiga.

—Porque ayer estuve peor, Margarita—contestó tomando entre las suyas una mano de la joven.—Tengo que hablar á la priora—añadió sin darle tiempo para decir más:—retírate, Margarita, porque ya la oigo venir.

Al acabar de pronunciar estas palabras, apareció sor Luisa en el umbral. Margarita se levantó y se dirigió á la puerta, con los ojos llenos de lágrimas que hiciera brotar la desusada severidad de su tutor.

—Dentro de poco haré que te llamen, hija mía—dijo la religiosa con dulzura;—espérame en tu cuarto.

Margarita se inclinó respetuosamente y desapareció.

—Siéntese usted, señor Barón—dijo la priora al ver que Alberto, á pesar de no poder tenerse en pie, la esperaba apoyando una mano en el respaldo de un sillón.—Ahora—prosiguió, tomando asiento también—vamos á hablar como verdaderos amigos.

—Ya escucho, señora—contestó el Barón con alterada voz.

—Lo que voy á decirle no tendrá tal vez importancia alguna en el mundo en que usted vive—dijo la religiosa con sencilla sonrisa;—pero yo hace tiempo que le dejé, y lo confieso, Barón, invaden cada día más mi espíritu las preocupaciones y escrúpulos que la soledad del claustro hacen nacer. Nada sabría usted, sin embargo, si no se tratase de Margarita; y además, ¿cómo callar cuando yo la amo también con todo mi corazón, y no tengo ni poder ni fuerzas para defenderla?

—¡Defenderla!—exclamó Alberto, cuyos negros ojos chispearon;—¿y de quién, señora?

—De un joven que la persigue sin cesar; pero no crea usted, Barón—añadió sor Luisa,—que ella haya escuchado siquiera el eco de la voz de ese hombre.

—¿Dónde la ha visto, pues? ¡Por piedad, señora, dígame usted toda la verdad por amarga que sea!

—Sólo la ha visto dos veces, á través de los hierros del coro bajo de la iglesia; pero anoche

estaba yo apoyada en la ventana de mi celda y le vi, á la luz de la luna, asomarse á la tapia del jardín y llamar á la pupila de usted por su nombre; ella no le oyó, porque, sentada en un banco de piedra, estaba sumida en una profunda meditación.

—¡Pensaba en él!—exclamó amargamente Alberto.

—Ó en otro, Barón, lo cual me parece más probable. Ayer no vino usted, y estuvo todo el día dominada por una honda tristeza.

—¿Sabe usted, señora, si ella conoce á ese hombre?

—No puedo asegurarlo, aunque presumo que sí. Ya sabe usted que estamos en los primeros días de Mayo, á cuyo mes llaman las pensionistas de Santa Rosa el mes de María; todas las tardes bajan al jardín, á la hora del recreo, para cortar flores que ofrecen después á los pies de la Virgen: Margarita anhela que llegue esa hora más que ninguna otra, porque su imaginación poética goza contemplando el crepúsculo de las tardes de Mayo. Ese hombre—estoy segura de ello—ha espiado muchas veces los juegos de las jóvenes en el jardín: ¿no le parece á usted probable que Margarita haya fijado sus miradas en la tapia, y que alguna seña de él le haya significado su cariño?

—Tiene usted razón, señora—dijo el Barón, cuyo semblante estaba pálido como el de un cadáver.—Esa niña, en quien yo fundaba todas mis

esperanzas de felicidad, iba á serme arrebatada; pero gracias al cielo y á usted, todavía puedo precaver el mal.

—Pero ¡y si le ama, Barón, y si le ama ella!—murmuró la religiosa con doloroso acento.—¿No piensa usted en la amarga suerte que prepara á entrambos?

—¡Amarle! ¡Oh, no, no! ¡eso sería horrible!... ¿Qué me quedaba á mí entonces, cuando ella es mi primero, único y último amor?—exclamó Alberto con desgarradora expresión.

—Tranquílcese usted—dijo la priora con tanta dulzura, que calmó el doloroso paroxismo del Barón.—Sí, debe usted defenderla de toda seducción, porque ella no puede amar á su edad con esa pasión honda y profunda que jamás se extingue. ¿Quiere usted que vaya á buscarla?

—Sí, señora; pero suplico á usted que me dé la última y mayor prueba de su bondad; es preciso que Margarita salga de aquí con el título de esposa mía.

—Si ella consiente, nada hay más fácil—dijo la priora con voz firme.—Son las siete de la tarde: voy á mandar disponer la capilla, y á que rueguen de parte mía á nuestro capellán que me conceda algunos instantes á fin de que pueda efectuarse en seguida este matrimonio.

—¡Oh, gracias, gracias, señora!—exclamó Alberto besando con efusión la mano de la priora, que agitó el cordón de la campanilla.

—Awise usted á la señorita de Álvarez que la espero aquí—dijo á la lega que se presentó.

Inclinó ésta la cabeza con humildad, y se retiró, apareciendo Margarita á los pocos instantes.

—Siéntate, hija mía—dijo la priora al ver entrar á la joven,—y escucha á tu tutor.

Al pronunciar estas palabras se levantó, y haciendo una seña de inteligencia á Alberto, salió de la estancia.

—¿Qué tienes, qué sucede?—exclamó la pobre huérfana asustada y juntando sus manos.

—Me quieres mucho, ¿no es verdad, Margarita?—dijo Alberto sin contestar á aquella pregunta, y rodeando con su brazo el cuello de la joven, cuyo semblante, bañado en lágrimas, acercó al suyo.

—¡Que si te quiero!—exclamó ella con una adorable expresión de ternura, y apoyando su serena frente en la frente abrasada de su tutor.—¡Oh! es tanto lo que te quiero que, cuando estoy lejos de ti, se me oprime el corazón.

—Entonces ¿serías feliz pasando tu vida junto á mí?...

—¿Podré verte siempre que quiera?

—Sí, siempre, á todas horas; porque serás mía, mía solamente.

—¡Ah!—murmuró Margarita con los ojos llenos de lágrimas;—esa ventura es demasiado grande para mí.

—Ven, pues, á encontrarla, Margarita mía—

dijo levantándola suavemente, y levantándose él también con los ojos brillantes y animadas sus pálidas facciones con una expresión de dicha imposible de describir...

.....

Algunos instantes después estaban ambos arrodillados á los pies de un sacerdote. El órgano llenaba de armonía los ámbitos de la iglesia, y las religiosas en el coro entonaban una plegaria por la felicidad de su joven pensionista, mientras ésta hacía al cielo el juramento de amar siempre á su bienhechor.

Un joven, vestido sencillamente y hermoso hasta el extremo, pero pálido y desencajado, presenciaba la ceremonia apoyado en la pila del agua bendita: siguióla con sombría mirada; mas al oír el *sí* de Margarita, cerró los puños convulsivamente, é hizo un movimiento para arrojarse hacia el Barón.

Los dos esposos se levantaron entonces, y Margarita fué á arrodillarse á los pies de sor Luisa.

—Bendígame usted, señora—dijo con voz conmovida.

La religiosa elevó al cielo sus manos, y oró largo rato en silencio, poniéndolas luego en la frente de Margarita.

—¡Dios te bendiga, hija mía—dijo,—como lo hago yo!

Después le tendió sus brazos, y la estrechó

largo rato contra su corazón, poniéndola en seguida en los de su esposo.

—Se la entrego á usted—dijo—para que la haga feliz y no eche de menos jamás los muros del convento de Santa Rosa.

—¡Oh, nada tema usted, señora!—repuso Alberto, tomándose bajo el suyo el brazo de Margarita, y echando á andar con ella hacia la puerta de la iglesia, donde aguardaba su coche.

Sor Luisa los vió subir y perderse en la poca alumbrada calle, y ya iba á retirarse cuando oyó á su espalda un ¡ay! doloroso: era el joven, testigo mudo del casamiento, que lanzó aquel gemido como una despedida lúgubre, apoyándose desfallecido en la puerta de la iglesia.

—¿Cierro, señora?—preguntó la voz áspera del sacristán;—es ya de noche.

—Sí—contestó la anciana; y cruzando las manos se alejó lentamente de aquel umbral que la separaba de los dolores del mundo...

.....

Antes de finar aquel mismo mes de Mayo agnizó el Barón de Medina en la hermosa quinta donde vivía desde su casamiento.